

Carl Benedek, periodista húngaro deportado a Córdoba

Por Diego JORDANO BAREA

Conocí a Carl Benedek en su casa de la calle Roelas, en Córdoba, con motivo de solicitar de su esposa Alicia la revisión de un resumen científico que escribí en alemán. Iba a tomar café pero la faltaba la cucharilla, que pidió tratando de dominar su impaciencia. Alicia fue en busca de la cucharita pero, cuando volvió, Benedek estaba moviendo su café con un lápiz, con toda naturalidad. La reacción de Alicia fue como una amable regañina dirigida a un niño grande, por la falta cometida en presencia de un extraño. Pero se condujo llena de amorosa comprensión, porque en ese original aspecto ella no se quedaba atrás. Un día, dando clase de inglés a mi mujer y a sus dos hermanas, Alicia pidió un vaso de agua para poner unas violetas que llevaba. Al rato sintió sed y, ni corta ni perezosa, sacó las violetas del vaso y bebió buena parte del agua.

Aquel hombre de pelo canoso había nacido en Budapest en 1889. Era licenciado en derecho por la Universidad de París y doctor en ciencias políticas por la de Budapest. Fue miembro correspondiente de nuestra Real Academia de Córdoba y trabajó mucho como miembro de los Pen Clubs internacionales. Pero desde 1910 se consagró plenamente al periodismo internacional.

Una de las cosas que le hicieron famoso fueron sus entrevistas con los grandes hombres de estado, con arreglo al patrón entrevista-retrato que tantos escritores imitaron después.

Sus artículos sobre política internacional se publicaron en los periódicos más importantes del mundo, y hasta el final de la guerra de 1914 impulsó decididamente el periodismo europeo comunitario.

Durante la primera República búlgara desempeñó la jefatura de prensa de la embajada de su país en Berna.

Entre 1912 y 1919 colaboró en el diario Viláy, de Budapest; primero como redactor de la sección de política exterior; y después, como corresponsal en Roma, durante la primera Guerra Mundial.

En 1915 fijó su residencia en Melide (Tessin), como corresponsal en Suiza.

Entre 1915 y 1918 no dejó de enviar noticias para la agencia Telinform, desde la frontera italo-suiza.

En 1916 y hasta 1921 colaboró en el periódico Neue Zürcher

Zeitung, de Zürich, con artículos sobre los países balcánicos. Y entre 1919 y 1920 redactó los informes que la Agencia Radio París emitía acerca de los países de la cuenca del Danubio.

De 1922 y 1924 ejerció como corresponsal en Viena; y en los años que siguieron a la Gran Guerra sus artículos contribuyeron en gran medida a que Europa occidental tomara conciencia de los asuntos de los países balcánicos.

Entre 1925 y 1938 fue corresponsal jefe, en París, del Neues Wiener Journal, donde bajo el título genérico de "Entre dos guerras" publicó una serie de artículos culturales o políticos, que fueron fiel reflejo de los principales acontecimientos mundiales de aquella época.

Pero con su excepcional capacidad de trabajo aún tuvo tiempo para escribir numerosos artículos para el Neue Zürcher Zeitung, Neues Berner Tagblatt, St. Galler Zeitung, Vaterland (de Luzerna), Tagesanzeiger (de Zürich) y otros periódicos.

Muy notables fueron sus artículos sobre el descubrimiento y publicación, por vez primera, de la correspondencia entre Tayllerand y Metternich, respecto a la venta del archivo secreto de Napoleón al emperador Francisco.

En este homenaje a su memoria no puedo dejar de mencionar que el Boletín de la Real Academia de Córdoba se honró publicándole una síntesis de la historia de Hungría.

El 18 de enero de 1940 comenzó para él la etapa más amarga de su vida, porque le detuvieron y le internaron en el Campo de Le Vernet (Ariege), por ser corresponsal de periódicos alemanes y austriacos. Al cabo de dos años de internamiento y venciendo grandes dificultades, consiguió probar que era corresponsal en España de los mejores periódicos de Budapest, con lo que consiguió un visado para nuestro país, en el que entró desde Francia el 18 de abril de 1942.

Desde España ayudó a la evasión de antiguos compañeros de cautiverio y de viejos amigos de París, trayéndoles a nuestro país y facilitándoles el viaje a Londres o a Argel. La Gestapo se enteró y exigió su extradición a Irún, donde había tropas alemanas. La policía española le detuvo en 1943 y le ingresó en una celda de la prisión de Santa Rita, en Carabanchel, con la intención de entregarlo esposado a las autoridades alemanas de Irún. La oportuna intervención de la Comisión americana de refugiados y la mediación de la embajada de los Estados Unidos de América, en Madrid, evitaron su entrega pero permaneció en prisión un año más, hasta que acabó la guerra.

El 2 de diciembre de 1944 fue deportado a Córdoba y confinado en nuestra ciudad. Trece años más tarde, en la primavera de 1956, pudo viajar libremente por toda España, gracias al tratado hispanoamericano de residencia de extranjeros. Poco después obtuvo un visado de salida que le permitió volver a París. En la capital francesa le extendieron una carta de refugiado y un permiso de residente pero por mucho que lo intentó no pudo obtener ninguna colocación

de los españoles; y en vez de discutir académicamente la sucesión de los hechos históricos describo los acontecimientos auténticos y las circunstancias del pasado de España hasta el presente, limitando al prólogo, exclusivamente, la exposición teórica de mi tesis, que se inspira esencialmente en la doctrina filosófica de C.G. Jung.

Este libro es un primer ensayo para una historiografía psicoanalítica. Constituye el psicoanálisis de la masa que puebla una nación.

España es la nación más antigua de Europa. La única que desde los albores de los tiempos ha permanecido armónicamente unida y ha mantenido su esencia, en su suelo primitivo, sin mezclarse con otros pueblos.

Cuando los glaciares cubrían aún la Europa actual, los antecesores de los iberos se infiltraron en ella desde Africa, trayendo consigo las culturas argárica y capsense, que estaban en su más elevado grado de desarrollo, con arreglo a las ideas reinantes en aquel tiempo.

Los iberos vivieron miles de años sin vecinos de ninguna clase, gracias al aislamiento geográfico de la península pirenaica. En el transcurso de esta infancia de completo aislamiento étnico, sus extraordinarios rasgos raciales se acentuaron y se diferenciaron de los de otros pueblos. Sus aptitudes culturales se desarrollaron de forma pujante pero, a pesar de ello, su evolución social quedó muy por debajo de la individual, por falta de contacto con otros pueblos.

En los siglos V y IV a. de C. (relativamente tarde), el ordenamiento tribal africano empezó a evolucionar hacia una confederación de agricultores. El aislamiento de los clanes disminuyó y condujo a uniones ocasionales de algunas tribus. Dentro de ellas destacaron los labradores, en tanto que las antiguas fortalezas familiares tomaron poco a poco la fisonomía de las urbes africanas.

En el tiempo del cerco de Numancia, por los romanos, el número de los habitantes numantinos se elevaba ya a 8.000; y conocemos otras veinte ciudades que tuvieron una población similar. Sin embargo, antes de que las tribus ibéricas se fundieran en una nación única y antes de que hubieran progresado los labriegos, en el campo; los gremios de artesanos, los oficios industriales y el comercio, en las ciudades, vinieron los romanos: unos con armadura y otros con toga. El legionario, para extirpar de raíz, a sangre y a fuego, todo lo tradicional. El funcionario, para extender su civilización, incomparablemente superior, pero sin ninguna efectividad, porque, de entrada, la sociedad ibérica, sorprendida en su formación, fue destruida sin piedad. Dos tercios de la población quedaron exterminados en doscientos años de guerras; sus ciudades, reducidas a cenizas; y sus bienes, destruidos o robados. Tras esta destrucción sin precedentes, los romanos emprendieron una reconstrucción de alcance no menos vasto, que instauró una nueva edad de oro, de trabajo ordenado y de prosperidad y bienestar general.

Pero el orden nuevo, contrario a la mentalidad ibérica, rompió los todavía tenues hilos del incipiente desarrollo social de los iberos,

para ganarse la vida; por eso decidió volver a Austria, a la que llegó, procedente de Córdoba, en 1960.

En sus últimos años de París y durante su estancia en Córdoba consagró su actividad, preferentemente, a trabajos literarios o de creación poética, historias breves, estudios culturales y ensayos.

En Viena concentró lo mejor de sus fuerzas para terminar una obra comenzada en Córdoba. Era sobre filosofía de la historia, que le apasionaba profundamente, pero murió a los setenta y cinco años de edad, antes de verla concluida.

Su esposa, Alicia Benedek, me ha facilitado los datos de este esbozo biográfico y el texto alemán que resume la tesis que mantiene en el libro que ella ha terminado. Se titula *El enigma de España*. (Psicoanálisis del pueblo español).

Esta es la traducción que he hecho del texto alemán:

Considero que la psicología de las masas es el motor de la evolución de las culturas humanas, cuya historia depende del modo de ser del alma colectiva de cada nación. Esta visión personal difiere de la clásica, que atribuyó al medio ambiente el desarrollo y la evolución de las culturas; y de la de Gobineau y sus discípulos, quienes explicaban el auge y la decadencia de las sociedades como un resultado de la diversidad de razas y de sus ulteriores fusiones. También se aparta de la que dio Spengler, basada en las leyes formales de la morfología cíclica; y de la de Toynbee, para quien el curso de la historia de la cultura es la resultante del principio de acción y reacción de la fuerza de la voluntad que tropieza intermitentemente, como a sacudidas, con obstáculos externos.

La historia describe melodramáticamente la vida de los grandes hombres que la hicieron, pero el devenir histórico de un pueblo no depende del carácter de sus grandes hombres, sino de las masas.

El caudillo no es más que el reflejo de la masa que le sigue; y la historia del mundo se reduce a una inacabada novela cuyos protagonistas son todos y cada uno de los pueblos. Todos ellos poseen su propio carácter. Los hay ingenuos y los hay astutos; obedientes y tercos; indecisos y altivos; tímidos y brutales; sumisos y despóticos; creyentes y cínicos. El choque de estos caracteres nacionales tan dispares origina los emocionantes conflictos que dan vida a la novela de la humanidad.

Al igual que la psique del individuo, el alma de la humanidad nuestra el sello de los rasgos característicos heredados de los antepasados. Tendencias y represiones inconscientes constituyen una parte esencial de esta libre herencia del alma de una comunidad, y se manifiestan como determinantes del carácter y de la historia de todas y cada una de las masas populares que llevan una vida en común. Esta herencia inconsciente, que viene de los antepasados, decide cómo reacciona un pueblo ante determinados estímulos; en otras palabras: determina cómo se configurará su vida en el futuro.

En lugar de hacer un análisis abstracto voy a escoger los antecedentes históricos de la nación más antigua de Europa: la

hizo saltar con violencia la vida conjunta de las ciudadelas familiares e introdujo en las colonias conquistadas una civilización y una organización estatal de carácter indogermánico, incomprendible para los iberos, que además, al final del imperio degeneró en una especie de socialismo y en una burocracia omnipotente, que de nuevo sumieron a la península en la miseria.

Las poblaciones ibéricas fuertes pudieron reponerse de las devastaciones causadas por las legiones pero nunca superaron la destructiva influencia de los 600 años de civilización que los romanos impusieron por la fuerza.

El alma popular española trató en vano de superar el complejo de inferioridad que provocó la rápida ruptura con todas sus creencias éticas, sus dioses y su manera de ver el mundo, y sustituyó todo esto por un negativismo orgulloso y pasivo.

Aún después de librarse de la opresión del Imperio romano totalitario y de varios siglos de dominio de los visigodos y, por último, de los gobiernos árabes de distinta índole, el alma del pueblo español ya no volvió jamás a su antiguo cauce y los españoles continuaron siendo para siempre una nación fragmentada.

En el inconsciente de las sucesivas generaciones españolas, la visión que del cosmos tenían sus antepasados, deformada y fosilizada, continuó dirigiendo su fantástica existencia, como un complejo autónomo petrificado e invariante. De vez en cuando sus olas afloraban e inundaban la conciencia de las masas, que se oponían a todo progreso libre y a cualquier unificación del estado. Esa es la clave del enigma ibérico y de la situación política y social de la España actual y futura.

La exposición de los hechos pertinentes al proceso anteriormente descrito me dio la oportunidad de:

1. Describir la vida de la antigua Roma, vista desde una provincia y no desde la capital del Imperio, como suele hacerse ordinariamente.

2. Establecer un paralelismo entre la política de conquista y la política colonial; y entre el socialismo estatal del Imperio Romano y (salvando las distancias) el actual socialismo de Moscú (¡la tercera Roma!).

3. Explicar las ocasiones de rejuvenecimiento que España ha perdido.

Un prólogo y diez capítulos componen la obra cumbre e inédita de Carl Benedek, terminada por su esposa. En ellos se trata de los comienzos, de los iberos, de las guerras, de la pacificación, de las diversas Españas, de la organización del estado, de la decadencia y de los activos de la quiebra, de las represiones y de la conversión. Todo ello escrito en 439 folios, en alemán.

He gozado en este reencuentro con la familia Benedek. Alicia sigue siendo una mujer encantadora. La profundidad y delicadeza de su fino y cultivado espíritu quedan patentes en ese librito poético que publicó en Viena, en 1983, bajo el título de *En los confines del universo* (Am Wegrand des Alls). En una de las páginas políglotas

dejó escrita esta sentencia: "La eternidad se oculta en lo más íntimo. El camino para llegar a ella se llama amor".